

APRENDIZAJE Y CARACTER *

UN ESTUDIO PRELIMINAR DE LA CARACTEROLOGIA DEL ESTUDIANTE

DR. JORGE DERBEZ MURÓ

Jefe del Departamento de Psicopedagogía.
Universidad Nacional Autónoma de México.

El tema fundamental de investigación del Departamento de Psicopedagogía de la Universidad Nacional Autónoma de México lo constituye la recíproca relación existente entre factores psicológicos y proceso educativo. Nuestra preocupación es, de un lado, determinar en qué forma y medida los factores psicológicos intervinen en la formación profesional; de otro, de qué manera el proceso educativo afecta el desarrollo integral de la personalidad.

Necesidades prácticas nos han llevado a considerar de inmediato el primero de estos aspectos. Funcionando el Departamento como una clínica psicológica y de consejo vocacional, en él hemos estudiado desde la iniciación de sus labores en mayo de 1954, a la fecha, 1.183 casos de alumnos con graves deficiencias en su aprendizaje; 868 con problemas de desorientación vocacional; 120 aspirantes a becas de cierta importancia y, por tanto, estudiantes eficientes; en fin, 267 voluntarios cuyos problemas más frecuentes han sido de tipo personal íntimo y de hábitos de estudio. Ahora bien, esta experiencia nos ha mostrado que son precisamente factores psicológicos los que operan con relevante importancia como determinantes de éxito o de fracaso, tanto en la elección de carrera como en el aprendizaje.

Brevemente dicho: el factor individual prácticamente constante en dichos casos, como causa de falla, consiste en una insu-

* Conferencia pronunciada en el Aula Máxima de la Facultad de Derecho el 27 de mayo de 1958.

ficiente dedicación al estudio, en una falta de cumplimiento de las responsabilidades del educando, determinada por una actitud inadecuada hacia el estudio. En unos casos no existe de hecho un interés auténtico, esto es, nacido del sujeto mismo, quien asiste a la escuela por motivaciones ajenas al afán de aprender una profesión; en otros el interés estará desviado, absorbido, por alguna otra u otras de las actividades propias del adolescente y el joven; en otros más se produce una inhibición general del interés por factores emocionales de tipo neurótico. Puede decirse, además, que hay en todos ellos una especie de falla de conciencia de la realidad, que los hace incurrir repetidamente en error, que les impide reaccionar constructivamente ante sus fallas iniciales, no obstante que sus capacidades intelectuales y su situación socio-económica permitiría esperarlo. A la actitud inadecuada se añaden en una cierta proporción limitaciones de índole intelectual —2% de inteligencia subnormal, 15 a 20% con inteligencia mediana-baja—, o de índole económica, 12 a 15% son estudiantes que trabajan y cuyos trabajos son incompatibles con sus tareas escolares. Pero estos factores intelectuales y económicos actúan meramente como coadyuvantes. En efecto, el estudiante de pobres recursos intelectuales, si es realista, se encaminará hacia una subprofesión o ingresará a la vida activa del trabajo; y el estudiante capaz pero cuya situación económica no le permite cursar satisfactoriamente la carrera por la que se inclina, aplaza sus estudios hasta que su situación económica mejore o se decide por una carrera que exija un tiempo de estudio compatible con su actividad económica. Esto es precisamente lo que hemos encontrado en los casos de alumnos aspirantes a becas, entre los cuales las limitaciones económicas son tan acentuadas o frecuentes como en los irregulares. En cambio, en ellos es constante una actitud adecuada hacia el estudio.

Comprobada la importancia de la actitud hacia el estudio como factor de éxito o fracaso, nuestro esfuerzo se ha encaminado a precisar dicho concepto. Los calificativos de “adecuada” e “inadecuada” serán útiles únicamente si su connotación es clara y precisa. Así, nos preguntamos: ¿Cuáles son las características de la actitud adecuada? ¿Cuáles las de la inadecuada? ¿En cuántas formas puede presentarse la inadecuación? ¿De qué dependen unas y otras? ¿Qué relación guardan con otras actitudes y actividades de los estudiantes? ¿Qué relación tienen con su carácter?

Detengámonos por un momento en esta última pregunta, por cuanto sabemos por la psicología dinámica la estrecha rela-

ción existente entre actitudes y carácter. En efecto, la psicología moderna entiende el carácter como un sistema de actitudes, como un conjunto integral de modos de reacción o tendencias de reacción bien definidas hacia las diversas áreas sociales y culturales con las que el hombre se relaciona, tales como el trabajo, las ideas, la autoridad, la vida sexual, la educación, etc. Nuestra hipótesis es entonces que las diferentes actitudes ante el estudio que la observación empírica nos lleve a delimitar, corresponderán a sendos tipos caracterológicos de estudiantes, o sea que el análisis de las actitudes ante el estudio conduciría a tratar de establecer una caracterología del estudiante. Pensándolo así, hemos abordado de inmediato esta cuestión, y esto es una comunicación preliminar de los resultados alcanzados.

1º Una tipología caracterológica particular, cualquiera que ella sea, debe en primer lugar hacer referencia a aquella caracterología general que, de acuerdo a los conceptos que se tengan sobre las fuerzas básicas que motivan al hombre, se considere satisfactoria. En segundo lugar, debe procurar tomar en cuenta los tipos tradicional y empíricamente observados, aquellos a los que hacemos diaria referencia con vocablos populares. En fin, para ser dinámica habrá de partir de un análisis de la función específica que define el *status* social del tipo a investigar. De esta manera, determinadas las características de dicha función, se podrán anticipar por elaboración lógica las posibles desviaciones y se seleccionarán los aspectos de la conducta manifiesta a los que haya que atender para la descripción fenomenológica de los diversos tipos.

Por lo que respecta a la caracterología general seguimos a Erich Fromm, cuyas ideas sobre el carácter están principalmente expuestas en sus obras *Ética y Psicoanálisis* y *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea* (Cap. sobre necesidades humanas). En el problema del carácter es donde probablemente se manifiestan mejor las diferencias de las diversas escuelas de psicología. La psicología racionalista, en su absoluta negligencia de los procesos inconscientes, considera al carácter como un conjunto de disposiciones exclusivamente volitivas, derivadas de la percepción y búsqueda de los valores morales. Para esta psicología se tiene o no carácter, se habla en ella de carácter fuerte o débil, según el éxito que la voluntad ha tenido en domeñar a los "bajos instintos", a la "naturaleza de disposición perversa", siempre insatisfecha y dispuesta a surgir al menor descuido del auriga. Aun la caracterología de Klages, quien, en un sentido dinámico más moderno entiende el carácter como un sistema de

móviles, éstos son conceptuados más bien como móviles conscientes, voluntariamente dirigidos. La psicología naturalista se ha inclinado por las concepciones constitucionales y biotipológicas, las que, aun cuando pretenden establecer tipos temperamentales, harto a menudo mezclan en sus descripciones rasgos de carácter. Así acontece con Krestchmer, Viola y Sheldon, entre otros. Con un enfoque completamente diferente, Freud entiende el carácter como un sistema dinámico e inconsciente, que gobierna los movimientos de la energía libidinal en los contactos diarios del *yo* con los objetos y que, como segunda naturaleza, sirve al *yo* automatizando dichas relaciones, de manera que el *yo* puede actuar rápidamente, sin deliberaciones que serían un obstáculo vital. Para él las ideas y los móviles morales, en vez de ser las directrices de la energía, son, inversamente, producto de las disposiciones inconscientes; o sea que el *yo* seleccionaría los ideales que convienen a la estructura libidinal inconsciente y resultarían ser así meras racionalizaciones, es decir, intentos de hacer aparecer como racional las formas de conducta que el sujeto observa, pero que en realidad están determinadas por las fuerzas irracionales, instintivas e inconscientes.

El sistema de pensamiento de Erich Fromm, que él denomina justamente *psicoanálisis humanístico*, constituye un sistema que toma de Freud sus ideas fundamentales sobre el inconsciente, pero que considera al hombre en su doble aspecto de ser biológico y espiritual y social. Su psicología parte de un análisis ontológico de la existencia humana, de una consideración de la naturaleza específica del hombre, de su situación peculiar en el cosmos, que Freud no tomó suficientemente en cuenta. El hombre, consciente de su soledad, consciente de su muerte y de la nada, además de ser vivido pasivamente por la naturaleza, situación que comparte con el animal, es actor de su existencia, su vida es para él una tarea, un problema a resolver, un esfuerzo por religarse a la existencia y por trascender la mera naturaleza, de manera que, haciendo valiosa su vida, pueda aceptarla y gozarla pese a su pequeñez, pese a sus limitaciones y a su carácter angustioso. El hombre, así, tiene una necesidad básica, específica, irreducible a las necesidades fisiológicas, de trascender, y trasciende haciendo un uso productivo —o destructivo— de sus fuerzas racionales, afectivas y sensuales. Para Erich Fromm, las pasiones —racionales o irracionales del hombre— cuya magnitud es en verdad el mayor problema para la psicología, no derivan pues de disposiciones instintivas, sino de la situación existencial del hombre, en búsqueda constante, desesperada, apasionada, de so-

luciones satisfactorias para los problemas planteados por su situación existencial.

De ahí que el concepto básico en la caracterología de Erich Fromm sea el de productividad. Existe un modo de organización de la existencia que él llama *carácter productivo* y que sería la solución satisfactoria a dichos problemas existenciales. Haciendo un uso productivo de sus fuerzas innatas, de sus capacidades biológicas y espirituales, desplegando sus potencias, realizándose a sí mismo, es como el hombre llega a sentir que su vida personal, su vida individual, es trascendente y tiene sentido. Al lado de la orientación productiva, distingue Erich Fromm una serie de orientaciones improductivas, cuatro en total, y que designa: *receptiva*, *acumulativa*, *explotadora* y *mercantil*. Líneas adelante haré referencia a las características esenciales de esas orientaciones improductivas. Es necesario primero (para entender cabalmente esta caracterología) hacer una breve referencia a las necesidades específicamente humanas a las que, según Erich Fromm, el carácter constituye la respuesta dinámica, automatizada e inconsciente. La necesidad básica, señala, es la de trascender; trascender la mera naturaleza y crear un mundo propio, específico del hombre: la cultura. Ahora bien, base o condición de la posibilidad de trascender son el sentimiento de identidad y la concepción del mundo. La necesidad de identidad es fundamental: de un modo o de otro el hombre tiene que satisfacerla; su total insatisfacción sólo se da en la locura. Lo mismo pasa con la concepción del mundo: más o menos conceptualizada, más o menos integrada o consciente, todos tenemos una concepción del mundo, sea religiosa, metafísica, científica o poética. Por otra parte, la posibilidad de trascender se produce en las relaciones que el hombre establece con su mundo, en su trato con el mundo: de un lado los objetos, de otro las personas. De donde la necesidad de relación es otra necesidad primaria —ésta tanto biológica como social— a la que el hombre responderá con su equipo heredado y con su carácter. En fin, una última necesidad, condición también de la trascendencia, es la necesidad de pertenencia o arraigo que, de no ser satisfecha, conduciría no a la trascendencia, sino al escape.

¿Cómo son satisfechas estas necesidades en el carácter productivo? Dicho de manera muy sumaria: este tipo de hombre se identifica con sus propias fuerzas, las cuales, como fuerzas vitales, crecen con su uso; pero que, sin embargo, son limitadas; de donde la necesidad de esfuerzo y la aceptación realista de dichas limitaciones. Se experimenta a sí mismo como un individuo

y no únicamente como miembro de un grupo racial, social, nacional, familiar, etc. Concibe el mundo como algo efectivamente presente y valioso, no como ilusorio, no la vida como sueño o mundo meramente pasajero; y no como fatalmente malo, no como maldición. Siente que pertenece a la existencia total, tal como él la percibe: esto es, a la naturaleza, al espíritu, a sus semejantes y a sí mismo. Se relaciona con el mundo mediante el amor, la razón, y el trabajo productivo. Su relación con las personas es amorosa, esto es, respetuosa, responsable y unitiva. Su pensamiento es racional y original o espontáneo, y en su trato con las cosas u objetos es fundamentalmente productor, secundariamente consumidor. Dadas todas estas situaciones y condiciones en este tipo de organización caracterológica, el hombre trasciende creando, esto es, transformando la naturaleza en un sentido valioso.

Contrariamente, en las orientaciones improductivas, en los grados extremos de ellas, el hombre trasciende destruyendo. También destruyendo el hombre siente que no es sólo naturaleza. Y creyendo que el hombre es básicamente creador, Erich Fromm encuentra que únicamente cuando las condiciones que rodean el desarrollo del hombre son adversas a la creatividad, se manifiestan en él tendencias destructivas; es decir, que el hombre destruye cuando no puede crear.

En la *orientación receptiva*, el sujeto se siente impotente, vacío e invalioso. Experimenta el mundo como un gran seno alimenticio, como la fuente de todo bien —y también de todo mal— ya que nada, ni bueno ni malo, puede salir de él. En su sentimiento de impotencia está más que dispuesto a renunciar a su libertad, se constituye en esclavo masoquistamente y no puede vivir sino como parásito de aquellos a quienes considera fuertes y buenos con él. Es el tipo del esclavo: Siente que pertenece al amo, y mientras más amos tenga, mejor, especialmente si ellos no se enteran de que pretende servirlos a todos a la vez. Para él el amor consiste en ser amado, en ser cuidado, protegido, admirado; esto es, en recibir siempre, sin dar. En su pensamiento es reproductor; típicamente, en cuanto tiene una duda su primera reacción es buscar quien puede resolvérsela. En fin, en su relación con los objetos es un gran consumidor: suelen ser personas glotonas, bebedoras y despilfarradoras. En una palabra, el modo como intentan trascender es recibiendo, absorbiendo.

En la *orientación explotativa* el individuo siente, a semejanza del productivo, que es una fuerza. Pero siente que esa fuerza es invaliosa. Su lema es, en todo, que el fruto ajeno es mejor. Expe-

rimenta el mundo como “ancho y ajeno”, esto es, como un conjunto de riquezas de las que él no participa, que a él no le pertenecen; es un eterno desarraigado, un paria sin hogar. Todas sus relaciones humanas están teñidas de envidia y de actitudes de robo y explotación. Se relaciona de manera sádica, explotando a otros, dominándolos, usándolos como si fuesen objetos. Le interesa únicamente el amor de los que ya aman a otros; seducir, conquistar y de inmediato abandonar ese círculo vicioso en el que se mueve incansablemente. En el mundo de las ideas es un plagiario; en el trabajo, el típico explotador. En suma, es robando y destruyendo como intenta trascender.

En el *carácter acumulativo*, el sujeto también siente que es una fuerza y, en este caso, valiosa. Pero no siente ser una fuerza viva, sino que se experimenta como si fuese una fuerza física, inerte, y, por tanto, agotable con el uso. De ahí su carácter acumulador, su tendencia a ahorrar en todas sus actividades; en el pensamiento, en el afecto, en el trabajo. Percibe el mundo como una fuente de desgaste, como una tentación contra la cual hay que levantar un muro. Suele ser muy desconfiado y se relaciona de manera distante y superficial con las personas, excepto con los suyos, con los que viven dentro de su fortaleza: es el tipo de persona que hace las más intensas ligas exclusivistas con los suyos, con los de su familia, su clan, su grupo social, etc. De hecho, no siente que pertenece a la existencia total, sino a su pequeño grupo. En el pensamiento gusta de las fórmulas rígidas, prácticas, breves y tradicionales. En su trato con los objetos prefiere la conservación, la mera posesión al consumo y a la producción. En fin, es gente que intenta trascender durando, indefinidamente, primero en su pequeña y mesurada existencia, después en sus hijos, con los que suelen ser extraordinariamente posesivos y autoritarios.

El último tipo de *orientación improductiva* descrito por Erich Fromm, es el mercantilista. El lo describe al final porque encuentra que este tipo, que en cierto sentido es una especie, una variante del receptivo, es el tipo predominante en la sociedad occidental contemporánea del cual es producto. Aquí debemos, entre paréntesis, señalar otro de los pilares de la caracterología de Fromm, a saber, la causación social del carácter.

Acorde con su concepción sociológica del hombre, Erich Fromm estima que la estructura básica del carácter es modelada por el proceso social, por las características socio-económicas y políticas de la estructura social. Acontece que la estructura social, resultante de factores históricos, económicos y políticos, requiere,

para su continuación, que los individuos desempeñen determinadas y bien precisas funciones, y que lo hagan de modo eficiente, sin fricciones. Para ello es necesario que el individuo desee hacer o llegue a creer que quiere hacer, justamente lo que su sociedad demanda de él. Y esto se logra mediante la educación, ejercida por el grupo familiar, por la escuela, por la opinión pública y la propaganda. Así, en sociedades basadas en la esclavitud, abierta o solapada, de manera más o menos automática se fomenta el desarrollo de las orientaciones receptoras; en las sociedades expansivas, de conquistadores y colonizadores, se fomenta la orientación explotativa; en aquellas otras que han llegado a un "impasse" en el progreso, la orientación acumulativa. Y en la sociedad moderna, basada en la producción y consumo en masa, la orientación mercantil.

¿En qué consiste ésta? En que el hombre se identifica, se concibe o, mejor, se siente a sí mismo como una mercancía. En el mercado moderno, las cosas valen no tanto por su utilidad, por su valor real o de uso, sino por su valor comercial, esto es, por la demanda que el gran mercado impersonal hace de ellas.

Similarmente, se ha creado un mercado de la personalidad, en el que es preciso estar a la moda para ser aceptado por los demás, aceptación de la que dependerá que el individuo se sienta valioso. El mundo es pues percibido en esta orientación como un gran supermercado, y el individuo se relaciona con los demás en plan de compraventa, de intercambio mercantil, impersonal y superficial. Cambia amistosidad —que no amistad— por amistosidad, sonrisa por sonrisa, placer por placer. Se vende al mejor postor y como comprador busca el trato justo, esto es, evade tanto el intercambio con los que se cotizan menos como con los que se cotizan más alto que él en el mercado de la personalidad. Su pensamiento es "moderno", es decir, también a la moda, según el gusto de la mayoría; lo que le preocupa es mantenerse informado al día y pretender siempre que está enterado. En fin, las cosas dejan de ser cosas para convertirse sólo en precios: un par de zapatos es lo mismo que medio traje; un auto último modelo es exactamente lo mismo que tres modelos 52. ¿Cómo, pues, intenta trascender este tipo de hombre? Intenta hacerlo comprando y vendiendo, funcionando en el mercado.

Esta es, a grandes rasgos, la caracterología de Erich Fromm. Pienso ahora que quizá me he extendido demasiado en ella, de la cual se puede tener por lo demás una completa visión recurriendo a sus obras. Pero creí, puesto que es precisamente basándonos en ella como buscaremos validez a nuestra caracterología del estu-

diante, que era conveniente hacer una exposición precisa de la misma, probablemente no tan bien conocida de todos quienes ahora me escuchan. Claro que se puede preguntar a su vez: ¿qué es lo que da validez a la caracterología de Erich Fromm? A lo cual habría que responder que es la reflexión sociológica y la investigación psicoanalítica lo que la sustenta. Al menos, esa es mi convicción, obtenida por mi propia práctica. Pero advertimos también que el cuadro caracterológico del estudiante que tratamos de establecer fundamentando en la caracterología de Erich Fromm, podría a su vez proporcionar una comprobación auxiliar a dicha caracterología, lo cual constituiría una aportación secundaria de nuestra labor.

2º Como dije anteriormente, creo que una caracterología particular debe tomar en cuenta como material de observación los tipos empíricos, los que la observación diaria va plasmando en determinados vocablos que la tradición nos va transmitiendo. Estos tipos son producto de una observación intuitiva, y por eso pueden contener algo de verdad; pero son también producto de una observación no-metódica, y por ello pueden ser errados. Son, por otra parte, de tipo descriptivista: para formarlos se reúnen unos cuantos rasgos sobresalientes, y luégo se les designa por uno de ellos. En cambio, lo que estamos ahora buscando es una caracterología dinámica, que vaya más allá de la superficie de la conducta manifiesta y trate de captar las actitudes más o menos inconscientes, los móviles e intereses profundos que subyacen a la conducta observable. Por ello, una caracterología dinámica y funcional debe proceder al análisis de la función específica del tipo en investigación, antes de pasar al análisis fenomenológico.

Preguntémonos, pues, antes de revisar los tipos empíricos, ¿qué es estudiar? Estudiar es, por lo pronto, verbo activo y denota por lo tanto esfuerzo: es un esfuerzo personal con un fin determinado: el de desarrollar una habilidad, por lo común con el propósito práctico de aprender una profesión, esto es, de aprender una actividad productiva de bienes y por tanto de sentido económico y social. Pero advertimos fácilmente que además de ser un medio para lograr tal propósito, el estudio es también un fin en sí mismo: es actividad que desarrolla las facultades o aptitudes que entran con ella en juego; desarrollo de las capacidades de observación, imaginación, memoria y pensamiento crítico; de la iniciativa, los sentimientos sociales y la responsabilidad.

Ahora, como toda actividad, el estudio puede ser metódico o desordenado; puede ser ejercido con goce, con un simple senti-

miento de aceptación del deber o con disgusto; con sentimiento de capacidad o con inseguridad; como actividad espontánea, nacida del sujeto mismo o como actividad inducida o impuesta por influencias exteriores. Por otra parte, al hablar del estudiante promedio nos estamos refiriendo a aquel que sigue un método, el método didáctico de la organización escolar. Por tanto, se nos presenta a la observación el problema de la relación con la autoridad —la autoridad de los textos, de los maestros, de la escuela como un todo— que si normativamente es sólo el estímulo, la guía y el instrumento de reconocimiento social para la actividad propia del alumno, en la realidad la relación de éste con la autoridad va a ofrecer una serie de desviaciones.

¿Cuáles son, dadas estas características de la función estudiantil, las posibles desviaciones de la misma? Primero que nada, la voz activa se torne en pasiva: que el estudiante sienta que es la escuela —los maestros, los textos— y no primariamente su propia actividad, lo que le va a dar el saber. Segundo, que su actividad sea desordenada. Luégo, que tome el estudio sólo en su función de medio para alcanzar el fin práctico de la formación profesional, no advirtiendo pues su valor como ejercicio conducente a la formación personal integral. O que, por el contrario, se olvide del fin práctico y se recree en el estudio como fin en sí mismo. Y en oposición a estas dos posibilidades y más aún de la posibilidad normativa, que en realidad no le interese el estudio ni como medio ni como fin y únicamente busque el reconocimiento oficial, y que para ello se valga de procedimientos más o menos ilegítimos. En fin, acontecerá también que la relación con la autoridad sea distorsionada: que en lugar de respeto y juicio crítico se produzca una rebeldía irracional o un intento de engaño; o bien que, existiendo una actitud de temor, el estudiante trate de ganarse a la autoridad mediante la obediencia compulsiva o de las técnicas de seducción.

En la caracterología general que hemos expuesto y en esta breve discusión de la función del estudiante tenemos las premisas que utilizaremos para la interpretación de los hechos observables sobre tipos de estudiantes.

Debemos referirnos a los tipos que la observación empírica ha estatuido y que califica con nombres en ocasiones bien pintorescos. Creo que cabe distinguir los siguientes: el estudiante *bueno* o *aprovechado*; el *flojo* o *desaplicado*; el *machetero*; el *barbero*; el estudiante *gangster* o *pistolero*; el *bohémio*; y en fin, el *fósil*. Vemos que estos términos se refieren a aspectos heterogéneos; unos a la eficiencia, el bueno versus el fósil; otros a los

hábitos de estudio, el machetero versus el desaplicado; otros a las actividades extraescolares, como en el caso del *bohémio*; a la actitud ante la autoridad, como en el *barbero*, o a un carácter de ilegitimidad y agresión en la conducta general del alumno, caso del *gangster* o *pistolero*. Lo que tendremos que hacer en esta última etapa de nuestra tarea es intentar procurarnos una descripción detallada, sistemática, de los tipos empíricos, para entonces tratar de inferir, en enfoque dinámico, la actitud que fundamenta su conducta: y, por último, tratar de establecer correlaciones con los tipos caracterológicos generales.

Para precisar la descripción es conveniente, pues, atender a determinados aspectos de la conducta tanto escolar como extraescolar de los estudiantes. He creído que son pertinentes los siguientes puntos:

A) Sobre la conducta escolar:

- 1) Caracteres de la actividad general.
- 2) Conducta con respecto a clases: asistencia, atención y participación.
- 3) Estudio extra-clases.
- 4) Actitud ante los exámenes y conducta durante ellos.
- 5) Actitud ante las calificaciones.

B) Relaciones interpersonales en la escuela:

- 1) Con respecto a profesores: motivaciones de elección y actitud ante ellos.
- 2) Con respecto a los condiscípulos.

C) Actividades extra-escolares: su tipo e importancia con relación a las escolares.

a) Comencemos con el estudiante *bueno* o *aprovechado*, en el cual observamos como rasgo más destacado un armonioso progreso en el desarrollo de su personalidad y en el aprendizaje profesional. Su actividad general es disciplinada, constante y flexible. Asiste habitualmente a clases, su atención es en ellas concentrada y su participación activa. El estudio extra-clases es constante, cumpliendo con los requerimientos diarios y, sobre todo, ampliando sus estudios espontánea y selectivamente, esto es, cultivando por iniciativa propia las materias por las que siente particular interés. Experimenta los exámenes como un estímulo adecuado para intentar la síntesis de lo logrado en el curso de los meses, como la proximidad del fin de una etapa más en su camino. Va a ellos con un sentimiento de seguridad y de some-

timiento de su labor a una crítica racional. Prefiere las calificaciones buenas, por cuanto significan un justo reconocimiento de sus esfuerzos y por cuanto son de utilidad para determinados fines prácticos: consecución de becas u otros. La actitud ante los profesores es de respeto crítico y de estimación y gratitud, y los elige, cuando ello es posible, por su eficiencia pedagógica. A estos rasgos de bondad académica suelen añadirse otros de bondad personal, reflejados en las relaciones con sus condiscípulos, en las que se manifiestan sentimientos de amistad y actitudes de colaboración y mutuo respeto. Por otra parte, reflejando el desarrollo armonioso de su personalidad, exhibe una variedad de intereses y actividades extra-escolares, sean de tipo cultural, social, deportivo o erótico. Pero todas ellas son subdominantes con respecto al estudio. Esto es, que él se desarrolla en múltiples sentidos pero continúa siendo básicamente un estudiante que sabe esperar porque su espera es constructiva y en sí satisfactoria.

¿Qué actitud tiene este estudiante ante el estudio? Sabemos que la actitud, como tendencia o disposición a actuar en un determinado sentido, implica una perspectiva, una manera de ver y sentir el término de la actividad correspondiente. Y creo que lo que acontece con el buen estudiante es que percibe el estudio como un camino de realización de sí mismo: de realización personal —el estudio como fin en sí—; y de realización profesional —el estudio como medio—; que por otra parte se siente capaz ante la tarea propuesta y que goza al realizarla por cuanto satisface sus necesidades básicas; que, en fin, su interés en el estudio es auténtico, es decir, original, nacido de sí mismo y además selectivo, obedeciendo a una espontaneidad y correspondiendo a la posesión distributiva de sus aptitudes.

En esta actitud el estudiante está, pues, respondiendo a sí mismo, a sus propias inclinaciones y necesidades; respondiendo también ante los requerimientos del método didáctico. Por ello puede designarse con el término “responsable” la actitud que está determinando su conducta escolar y extraescolar. Es claro, por último, que este tipo de estudiante corresponde al tipo productivo de la caracterología de Fromm.

b) Las características del estudiante bueno nos resultan más claras al contrastarlas con las del *machetero* y las del *bohémio*. El estudiante *machetero* exhibe una actividad general rígida, pedante y reproductora, se le conoce también como “memorista”.

Su asistencia a clases es infalible, pues en realidad se angustia irracionalmente ante la posibilidad de una ausencia o una tardanza. Su atención en la clase es, más que concentrada, soste-

nida; y su participación, pasiva, lo cual no quiere decir que no participe, sino que no lo hace por propia iniciativa. Su estudio extraclases es no ya sistemático y constante, sino rígido y pedante, pero limitándose estrictamente a cumplir y sin demostrar un interés personal por ninguna materia; o, si acaso, precisamente por las que menos simpatía le despiertan. Es característico de este tipo el que sienta los exámenes como una amenaza y desarrolle ante ellos un temor irracional, irracional por cuanto está preparado como el que más.

Y es, por otra parte, muy común que busque compulsivamente las calificaciones más altas, pues suele tener tendencias fuertemente competitivas y se deprime ante un horrible 7. La actitud ante los maestros adopta en él un cariz de sumisión, de ciego respeto; prefiere indudablemente al profesor exigente y, aún mejor, autoritario y rígido. Debido a sus tendencias competitivas la regla es que sus relaciones con sus compañeros no sean armoniosas, sino que guarde actitudes distantes, soberbias, egoístas y pedantes, por lo que en general es bastante impopular. Su pedantería y perfeccionismo se acusan igualmente en sus actividades extraescolares: se dedica con carácter exclusivo a las manifestaciones de la llamada cultura superior, elude las relaciones eróticas por considerarlas una lastimosa pérdida de tiempo, y considera el deporte despreciativamente como una actividad inferior.

Además, sus ocupaciones no académicas le toman un tiempo mínimo y las realiza con un sentimiento de remordimiento por no estar estudiando. ¿Qué actitud hay detrás de toda esta conducta? Todo hace suponer que en este caso el estudiante sienta el estudio como una obligación imperiosa e ineludible, impuesta por una autoridad exterior, y que él no puede menos que obedecer dócil y temerosamente. Sólo así se explica que toda su actividad estudiantil esté precedida de una inseguridad muy irracional, que carezca de iniciativa y que se limite a cumplir al pie de la letra las instrucciones, sugerencias u órdenes que se le dan. Parece tratarse de personas muy sumisas y dependientes, que sólo funcionan bien bajo la guía estricta y la aprobación de la autoridad, lo cual explicaría su búsqueda de profesores rígidos y sus actitudes competitivas. Así, tal parece que el estudio no significa primariamente para ellos un camino de auto-realización, sino el medio de complacer a las figuras de autoridad de cuya protección y aprobación sienten depender. Por ello podemos llamar "compulsiva" su actitud ante el estudio, término que significa "impulso incoercible e involuntario" (aunque claro es que

el “machetero” cree que su dedicación exclusiva al estudio es enteramente voluntaria, pero ello es en buena parte una racionalización). En fin, en cuanto a su estructura general de carácter, este tipo nos ofrece todos los rasgos de la llamada por Fromm “orientación acumulativa”.

c) Examinemos a continuación un tipo de estudiante que en muchos aspectos es el reverso del “machetero”; nos referimos al *bohemio*. Con esta palabra asociamos de inmediato la vida artística, de la cual la bohemia es una modalidad frecuente. Pero nosotros usamos el concepto más bien por sus notas de individualismo e indisciplina. El bohemio exhibe una resistencia contumaz a todo sistema y considera todo método como una coerción a su libertad individual. Este es probablemente el punto central: es como si sintiera que su libertad está constantemente amenazada, y de esta suerte cae en actitudes de rebeldía irracional, esto es, de una rebeldía no ante el autoritarismo sino ante toda autoridad; deja de distinguir entre autoridad racional e irracional; y por salvar su libertad, hartado a menudo cae en libertinaje. Así, su actividad general, a más de inquieta es no ya espontánea, sino caprichosa. Su asistencia a clases es muy irregular y altamente selectiva, con lo que queremos decir que dicha asistencia es mayor a las materias que a él le interesan y mínima o nula ante las demás exigidas por el *currículum*. Desatiende en absoluto ciertas materias simplemente porque le chocan. Igualmente, su atención puede ser muy concentrada y su participación en las clases muy activa, pero también de manera muy selectiva. Lo mismo hemos de decir con respecto a su estudio extraclases, con la característica añadida de su falta de sistema. O más bien, su sistema de estudio se reduce a que lo hace “cuando está de humor”, cuando está “inspirado”. Siente los exámenes como una molestia, más o menos intensa según su capacidad. Y como a menudo se trata de estudiantes capaces, una gran parte de sus exámenes son aprobados en “extraordinarios” y “a título de suficiencia”, como si precisamente tuvieran un gusto particular en demostrar su suficiencia. Suele mostrar un total desprecio por las calificaciones; especialmente por las materias que no le interesan, le es bastante con pasarlas. En cuanto a profesores y sistemas de enseñanza, es típico que el *bohemio* adopte actitudes hipercríticas, agresivas y mordaces, y que elija a sus maestros por competencia pedagógica en las materias que le interesan, y por aparente indulgencia en aquellas que no le preocupan. Se nos presenta como un solitario en sus relaciones con sus compañeros, a los cuales parece considerar, no sin olímpico desprecio, como pobres

borreguitos no liberados aún, en lo que, claro, no le falta cierta parte de razón. Un rasgo muy destacado en ellos es que sus actividades extraescolares sean francamente predominantes sobre las escolares, y que sean de tipo estético, político y erótico. Las peñas de café y las aventuras amorosas son su fuerte. Este parece ser también el significado del estudio para él. Parece ser que siente el estudio —el de las materias que le fascinan— como una aventura apasionante, como un campo en el que se puede sentir absolutamente libre, lejos de las coerciones de su sociedad. Esto es, estudia por puro gusto, en una actitud que diríamos deportiva, con un total descuido del fin práctico o inmediato que debería perseguir, como lo es el de su formación profesional. De esta suerte su actitud hacia el estudio podríamos llamarla egoísta, individualista o, desde otro punto de vista, rebelde. Este tipo de alumno no encuentra una cabal correspondencia en la caracterología de Fromm, sino más bien con lo que en psicología moderna designamos descriptivamente como personalidad inmadura o histérica y en cuya dinámica encontramos como núcleo esencial un conflicto neurótico con la autoridad.

d) El siguiente tipo que consideramos es el de estudiante *desaplicado*, aquel cuya actividad general se caracteriza por una negligencia e irresponsabilidad ante sus tareas escolares. Es un tipo de alumno en constante fuga ante las tareas; a menudo se va de “pinta”, al cine, a los billares, al parque. Y cuando asiste está de cuerpo presente, pero con la imaginación llena de placeras fantasías o la atención puesta en las revistas cómicas o los pasatiempos. No se detiene ni por casualidad en las bibliotecas, y si estudia en su casa lo hace solamente “bajo el ojo del amo” o de manera muy angustiosa en la época de exámenes, con desvelos a base de benzedrina. Los exámenes son para él una verdadera pesadilla, de la que se consuela pensando en el dulce despertar de las vacaciones. Piensa con terror en la gran probabilidad de ser reprobado, pero de todos modos “se la juega”, con una cierta confianza mágica en su suerte. Por lo demás, los *seises* son más que buenos para él. Se caracteriza por una actitud de gran temor hacia sus profesores, quienes constituyen una amenaza permanente a su mundo privado de “dulce far niente”, y busca siempre que puede al profesor indulgente que él llama “buena gente”. Se inquieta un tanto ante la existencia del buen estudiante y del machetero, pero en cambio lleva excelentes relaciones con sus “cuatachos” o compañeros de juego. Sus actividades extraescolares son también predominantes, como aconte



con el bohemio; sólo que en el desaplicado lo favorito son las diversiones.

Observamos, en resumen, en este caso, una notable pasividad por parte del sujeto. No parece haber el más mínimo interés en el estudio. Quizá se interesa en la adquisición de un título, pues de otra manera no se comprende que aparentemente siga siendo un estudiante. En realidad, da la impresión de que va a la escuela a jugar, no a estudiar. Nos da la impresión de que va a la escuela por motivos sociológicos: porque es lo propio de los de su clase social ir a la escuela superior; o psicológicos: porque sus padres, que no quieren que él pase las penalidades que ellos han sufrido, lo mandan a la escuela. Pasiva o lúdica podríamos llamar la actitud ante el estudio de este tipo de alumno, cuyo carácter general corresponde diáfamanamente a la orientación receptiva.

e) Cuando en la diaria conversación hablamos del *mal estudiante* podemos pensar en el que acabamos de describir como desaplicado. Pero creo que de manera más precisa nos referimos al que —coincidiendo o no en algunos rasgos con el anterior— nos muestra una serie de aspectos ilegítimos, fraudulentos, en su conducta; al tipo que en sus grados extremos llamamos “estudiantes gangster” o “pistolero” y que afortunadamente muestra una tendencia a desaparecer. Veamos: este tipo de alumno no solamente es un inveterado fatalista, sino que se las arregla para que le pasen lista o, a como haya lugar, incluyendo las huelgas si es necesario, se le den exámenes ordinarios a los que no tiene derecho. Si asiste a clases, atenderá exclusivamente a las materias y a los aspectos que considera “prácticos”, esto es, de inmediata aplicación para un ejercicio profesional al que, por otra parte, suele dedicarse en forma comercial desde que está inscrito en el primer año de la carrera. Además, no participa en lo más mínimo en el trabajo escolar, ya que si asiste es para ver qué “pesca”. Desde luego, en cuanto al estudio extraclases es también totalmente negligente; pero, además, es el tipo que compra los trabajos exigidos por el profesor. Si es posible, intentará también que otros, por dinero, se presenten por él a exámenes; y aun intentará el cohecho de autoridades o el robo de pruebas. Si nada de eso es posible, su preparación para los reconocimientos consistirá en construir los más ingeniosos “acordeones”. Así, parece que los exámenes son para él muy excitantes, algo así como “el momento del robo”, en el que va a enfrentar su astucia a la desconfianza de los vigilantes y en el que el botín será la calificación de pase. Naturalmente, desprecia a sus profesores, por ingenuos, por engañados, por su absurdo interés en el saber

teórico y por su dedicación a la mal pagada enseñanza. Simpatiza en cambio con el profesor que muestra alguna irresponsabilidad y es, desde luego, al que suele elegir. Igualmente despreciará a la mayor parte de los estudiantes, de hecho, a todos los que no son como él (y, en el fondo, en realidad, a todo mundo, incluyéndose a sí mismo). Forma pandilla con los que le asemejan, y con ellos se dedica a toda suerte de actividades agresivas: el asalto, la sedición y la pseudopolítica, camino por el que ingresa al pistolero. Sus actividades extraescolares van a ser no únicamente dominantes sino prácticamente exclusivas y suelen ser de tipo económico, antisocial o mercenario.

¿Qué acontece, desde un punto de vista dinámico, con este tipo de pseudoestudiante? Vemos que el interés en el estudio es absolutamente falso, tanto de modo manifiesto como en la intimidad. ¿Qué, pues, le interesa? Parece ser que obtener un cierto conocimiento práctico, el mínimo indispensable para que la gente pueda creer que es un experto, un eficiente especialista dispuesto a servir; y quizá más aún, que dicho conocimiento, una patente de curso, un reconocimiento social que sea el instrumento supremo en su actitud de engaño. Esto es, que será la “escuela” y no el estudio lo que le proveerá de “armas” para la “lucha” por la vida, una lucha en la que vencerá el que sepa lucrar mejor. Es, pues, su actitud ante el estudio una actitud explotadora, y es justamente con este tipo de carácter descrito por Fromm, con el que es ostensible una cabal correspondencia del alumno “gangster”.

f) Nos restan dos tipos más; el *barbero* y el *fósil*. Comenzaré por éste para decir que no creo que sea un tipo autónomo, un verdadero tipo, sino que representa la consecuencia extrema de diversos tipos de estudiantes. Creo que se llega a fósil por todos los caminos: por “desaplicado”, por “bohémio”, por “gangster” y aun por “machetero”. Quizá esto último sorprenda, pero puedo decir que he conocido estudiantes que después de estudiar diez años consecutivos y de manera acuciosa la anatomía, nunca la presentaron, por no sentirse nunca suficientemente preparados; claro es que con esto caemos ya, de manera franca, en el terreno de la patología, de la neurosis obsesiva, y aun de la esquizofrenia simple o la “paranoia”; pero esto no hace sino añadir otros caminos a la fosilidad. En cambio, creo que sí podemos constituir al “barbero” en un tipo caracterológico bien definido. Con este expresivo término aludimos al estudiante que guarda una clara actitud de adulación ante sus profesores. Lo que debemos preguntarnos es si semejante rasgo se asocia a otros,

referentes a los diversos aspectos de la conducta estudiantil con suficiente frecuencia como para que podamos distinguir un tipo. Me parece que así es. En primer lugar, su asistencia a clases es, además de habitual, llamativa. Procura llamar sobre sí la atención en todas formas: levantando constantemente el dedo, demostrando gran interés y comprensión, asintiendo a cada palabra del profesor. Presta una gran atención, pero ésta es más bien a la persona del profesor que a lo que dice; es además, en todo, afable y sonriente. Habitualmente su estudio extraclase carece de sistema, pareciéndonos que confía en su memoria y, sobre todo, en su simpatía, en su encanto; aunque, por otra parte, puede desplegar un gran esfuerzo si tiene especial interés en “conquistarse” a un maestro cualquiera. Se angustia enormemente durante los exámenes, pese a que pueda estar bien preparado. En esto se parece al “machetero”, tipo con el que a menudo va asociado. Suponemos que ambos sienten los exámenes no como pruebas de conocimiento, sino de personalidad; esto es, que es como si fuera su propia persona la que va a ser juzgada. Aun cuando no se sienta deprimido por las calificaciones bajas o medianas, preferirá las altas, buscará diplomas y medallas que vengan a adornar su ya encantadora personalidad. La adulación a sus profesores manifiesta una actitud de seducción, de ganárselos para él; para ello recurrirá también a la sumisión. Cuando la elección de profesor es posible, buscará al amable, al que es accesible y simpático, como él. En sus relaciones con sus compañeros será amistoso, que no amigable; esto es, un superficial amigo de todos... y de ninguno. Y aunque en realidad es el más competitivo de todos por cuanto que su interés mayor es ser el favorito del maestro, dentro de su táctica de evitarse conflictos esconde su “competitividad” tras la amable sonrisa. Sus actividades extraescolares ocupan una parte importante de su tiempo, y las más atractivas de todas son para él las llamadas “sociales”; esto es, toda clase de reuniones donde pueda lucir su simpatía. En síntesis, manifiesta en toda su actividad un interés en la apariencia, en la visible superficie. Es una especie de actitud superficial y oportunista, en la que el alumno se guía siempre por lo que es de momento más conveniente: a menudo elegirá las carreras de moda, las que “tienen más porvenir”, más demanda. El estudio parece ser, en este caso, no el camino de auto-realización personal y profesional, sino el medio de obtener prestigio y éxito social. Es la actitud mercantil que, cuando existe en todos los demás aspectos de la personalidad, define al carácter mercantil descrito por Fromm, y que es el que tiende a predominar en la actualidad.

Son estos los resultados que hemos alcanzado. Nuestra conclusión es la de que existe una actitud adecuada ante el estudio, que llamamos responsable o productiva, al lado de la cual distinguimos una serie de actitudes improductivas: la compulsiva, la egoísta o inmadura, la receptiva, la explotadora y la mercantil. Estas diversas actitudes parecen ser el núcleo dinámico de sendos tipos de estudiantes, discernibles por una observación metódica. Por otra parte, suponiendo que dichas actitudes no son a su vez sino expresiones parciales de estructuras totales del carácter, hemos tratado de correlacionar los tipos de estudiantes con tipos de una determinada caracterología —la propuesta por Erich Fromm— y hemos encontrado que parece existir efectivamente una correlación estrecha, de tipo a tipo, excepción hecha del tipo de estudiante “bohemio”, que más bien corresponde a la personalidad inmadura.

Así que, retornando al problema que ha motivado este estudio, diremos que si la causa básica e inmediata del éxito o fracaso vocacional o profesional radica en la actitud ante el estudio, la causa mediata ha de encontrarse en el carácter del alumno. Esta hipótesis nos plantea varios problemas. En primer lugar la necesidad de la comprobación. El siguiente paso que tendremos que dar en nuestra investigación es el de hacer un cuestionario destinado a explorar la actitud ante el estudio y el carácter del estudiante, el cual cuestionario aplicaríamos a grupos de buenos y malos estudiantes de diversas carreras, explorando en ellos al mismo tiempo los otros factores de los cuales depende la capacidad de aprendizaje, como son aptitudes, interés, conocimientos previos, situación económica-social, sistemas de enseñanza, etc.

A continuación se plantea el problema de determinar los factores que concurren en la modelación del carácter. Aceptando las ideas modernas sobre la causación social del carácter —ideas que, sin embargo, no descartan una cierta influencia por parte del temperamento—, habría aquí que explorar concretamente las actitudes de los padres y analizar los efectos del proceso educativo sobre el desarrollo de la personalidad. Es decir, que nos vemos por este camino conducidos a considerar aquello que, como al iniciar este trabajo indicábamos, constituye el otro aspecto del tema que es nuestra preocupación fundamental.

Ahora, esta hipótesis de la causación social del carácter nos lleva a las siguientes reflexiones. Si la estructura social, actuando a través de la familia y del proceso educativo, es la responsable de la formación adecuada o inadecuada del carácter, y si éste a su vez, además de ser el factor básico de éxito en el proceso

educativo, contribuye a reforzar la estructura social, ¿por dónde habría de intentarse la modificación de la situación presente? Probablemente la respuesta sería la de que habría que actuar tanto sobre los individuos como sobre la estructura social misma. Y lo que nosotros, orientadores escolares y vocacionales, podemos hacer ya, aquí y ahora, es tratar de ayudar a nuestros estudiantes con problemas. Si detrás de un error vocacional o de una falla de aprendizaje somos capaces de advertir toda una problemática personal, de advertir una serie de defectos en la estructuración del carácter, estamos comprendiendo en el sentido más profundo de la palabra; y comprender es el requisito de la ayuda. Si en lugar de limitarnos a la reprobación llegamos a comprender por qué el mal estudiante es como es y, sobre todo, que lo es muy a su pesar; si creemos que en el fondo cada uno de ellos quisiera ser plenamente productivo, y que si no es así, ello es porque sus circunstancias no le han permitido serlo, entonces comenzaremos a hacer algo por ayudarle a resolver una situación de la que, en último análisis, él no es responsable, pero que él puede modificar si le ayudamos a verla.